

I



PEDRO RIERA

HOMBRE LOBO

EL FURTIVO



edebé

EL FURTIVO

PEDRO RIERA

HOMBRE LOBO

EL FURTIVO

edebé

© Pedro Riera, 2011

© de la edición: EDEBÉ, 2011
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Ilustración de cubierta: Paul Mudie

Primera edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0193-8
Depósito Legal: B. 23928-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Bebe.
Para Baldo.

1

Cada tanto sucedía —un gato o una ardilla aparecían despedazados—, y al momento se desataba el rumor de que un hombre lobo rondaba por el bosque. La primera consecuencia era que la papelería de Castañares cerraba al menos una semana. Y es que las hermanas Paz, las tres mujeres que la regentaban, se recluían inmediatamente en el sótano de su casa a preparar una pócima secreta, cuya fórmula les había transmitido su abuela en el lecho de muerte, y que, según ellas, mantenía alejados a los licántropos. Durante los siguientes días, se podía ver a las tres hermanas ataviadas con unas ridículas túnicas marrones untando las esquinas de las casas y pintando extraños símbolos sobre los portones de los establos.

En el pueblo, muy pocos creían de verdad en hombres lobo. Aun así nadie se burlaba de las tres mujeres, ni siquiera los niños. El motivo era que, en aquella comarca montañosa, la existencia de licántropos formaba parte de una tradición con siglos de antigüedad de la que todos se sentían muy orgullosos.

La primera mención a un hombre lobo en la zona aparecía en un manuscrito de 1312 que estaba expuesto en el museo del pueblo. En él se atribuía la muerte de veintidós niños y mujeres a «una bestia gigante, mucho mayor que un lobo, con una mirada diabólica que paralizaba a sus presas, garras afiladas y una dentadura capaz de partir en dos la pierna de un hombre con un solo golpe de su poderosa mandíbula». Aquella bestia, a la que el vulgo bautizó con el nombre de Belinda, habría aterrorizado a la población durante un lustro antes de que una partida de caza consiguiera abatirla. Desde entonces, y a lo largo de los siglos, habían proliferado las historias sobre criaturas que devoraban a los incautos y a los viajeros despistados que se adentraban en el bosque en plena noche.

Los habitantes de Castañares conocían esos relatos de memoria, ya que los habían escuchado infinidad de veces desde su primera infancia. Era una costumbre muy arraigada que las noches más frías del invierno o cuando estallaba una tormenta de nieve especialmente virulenta las familias apagaran los televisores y se reunieran alrededor de la chimenea a contarlas. Todos guardaban un recuerdo entrañable de esas veladas pasadas en estrecha intimidad con sus hermanos y sus padres, y sentían que las fieras que protagonizaban aquellas escalofriantes historias de terror formaban parte de un legado que les pertenecía y que deseaban conservar. Por ello se mostraban respetuosos con las hermanas Paz y les permitían untar sus casas con aquella pócima que apestaba a orines de gato, porque el simple hecho de que alguien creyera todavía

en licántropos hacía más verosímiles aquellas leyendas y ligaba una tradición de setecientos años de antigüedad con el presente, dándole continuidad.

A mucha gente de Castañares le hubiera gustado creer en hombres lobo, pero lo cierto es que no lo hacían y lo demostraban a diario con su conducta. Había muchos vecinos que vivían en zonas aisladas y sus hijos, cuando se retrasaban jugando con los amigos después de clase, volvían solos a casa andando al anochecer por el bosque sin que nadie lo considerase peligroso. Sus familiares no se tomaban la molestia de ir a buscarlos en coche simplemente porque unos días antes alguna alimaña hubiera destripado a un gato.

Sólo cuando aparecían muertos animales más grandes, como ovejas o carneros, se tomaban precauciones. Entonces, se prohibía a los menores de dieciséis años andar solos por el bosque y los adultos iban armados a todas partes. Sin embargo, ataques de esa magnitud eran muy raros. En la última década sólo se habían producido en dos periodos concretos.

Del primero habían pasado más de diez años y había acabado de forma trágica, con la muerte de un vecino del pueblo. Era un secreto a voces que Mauricio Carrasco era el cazador furtivo que, cada tanto, mataba a un venado o un jabalí en el monte, pero nadie le denunció porque todos le apreciaban, y porque era sabido que ésa era la única forma que tenía de llevar carne a su casa.

La noche de la desgracia, Mauricio Carrasco estuvo con sus amigos en el bar y jugó unas partidas

de dominó, como solía hacer, aunque se fue a dormir más temprano de lo habitual porque, por fin, había conseguido un empleo en una granja y tenía que madrugar. Al abandonar el bar, se le veía de buen humor y tranquilo.

Cuando al día siguiente sus amigos se enteraron de que no se había presentado a trabajar, temieron que le hubiera sucedido algo. Corrieron a su casa y allí se encontraron a su hermana Sara en un estado de excitación febril. Ella les explicó que Mauricio había salido a cazar alrededor de la medianoche y todavía no había regresado. Durante el resto del día sus amigos rastrearon el bosque por su cuenta. No quisieron pedir ayuda por miedo a meterle en problemas con la justicia. Pero cuando anocheció, comprendieron que no tenían más remedio que acudir a la policía.

La noticia de su desaparición corrió como la pólvora.

El hecho de que Mauricio Carrasco hubiera elegido una noche de luna llena para salir de caza, sumado a los ataques a animales que se habían producido en la zona en aquellos tiempos, hizo que algunos vecinos llegaran a creer en serio que había sido víctima de un licántropo, como no se cansaban de repetir las hermanas Paz.

Aunque pronto se demostró que no había sido así.

Tras dos días de búsqueda, el equipo de rescate encontró el rifle y el zurrón de Mauricio al borde de un barranco, a escasos metros del cuerpo sin vida de un gran lobo gris. La investigación de la policía concluyó que Mauricio había conseguido herir de

muerte al animal disparándole dos veces, pero que, al tratar de huir de la fiera moribunda, se había precipitado al río desde lo alto del barranco. Su cadáver apareció una semana más tarde a setenta kilómetros del lugar donde había caído, atrapado, por ironías del destino, en las redes de un pescador furtivo. Su hermana lo identificó. El suceso fue especialmente trágico porque el hijo de ese hombre, de cuatro años, había perdido a su madre tan sólo catorce meses antes en un accidente de tráfico.

Pero al margen de dramas personales, el incidente hizo que la gente atribuyera los ataques al ganado y a los animales domésticos que se habían producido de forma puntual a lo largo de los últimos tres años a algún lobo solitario que, como aquel lobo gris, había recorrido más de doscientos kilómetros en busca de un nuevo territorio de caza.

Durante los siguientes años, sólo las hermanas Paz y algún que otro supersticioso siguieron creyendo en licántropos.

La segunda serie de ataques a ganado era mucho más reciente y, sobre todo, más desconcertante, no sólo por la extrema violencia que se había empleado, sino porque todo ellos se habían producido en noches de luna llena.

Las primeras víctimas fueron dos ovejas. El pastor que las cuidaba había dejado el rebaño suelto por la noche en un prado, como era costumbre hacer en verano, pero en vez de volver al pueblo a dormir, se había quedado con tres amigos en una cabaña cercana de su propiedad, jugando a las cartas y bebiendo aguardiente. A eso de la una, los perros se pusieron muy nerviosos. Los cuatro hombres,

armados con palos, salieron a ver qué ocurría y se encontraron con un espectáculo espeluznante. Las dos ovejas estaban tan destrozadas que hallaron restos de ellas desperdigados en veinte metros a la redonda. Parecía que la fiera que las había atacado, en vez de comérselas, se hubiera dedicado a descargar sobre ellas una furia asesina.

El alcalde se tomó muy en serio la inusual violencia de aquel ataque. Desaconsejó a la gente ir al bosque desarmada y trató de convencer a los que vivían en casas aisladas de que, hasta que se aclarara el caso, se trasladaran a vivir al pueblo con familiares. Con la colaboración de otros municipios de la zona, organizó una batida en la que participaron más de doscientos hombres, pero no se halló ni el menor rastro de la fiera. Ni siquiera una huella.

El pueblo de Castañares se llenó de escopetas. Los pastores y los ganaderos iban armados a todas partes, y cada noche se encerraba a las reses en los establos. Pero ni eso, ni los símbolos que dibujaron las hermanas Paz en los portones impidieron el segundo y brutal ataque. Un caballo apareció partido en dos en su cuadra. Aquel suceso despertó en el imaginario popular el recuerdo de Belinda y disparó la credulidad. Por primera vez, la gente del pueblo empezó a contemplar en serio la posibilidad de que existieran licántropos. Nadie creía que un lobo fuera capaz de partir en dos a un caballo a dentelladas.

Las precauciones se extremaron.

La siguiente noche de luna llena, medio pueblo la pasó en vela, haciendo guardia frente a los esta-

blos, con los nervios a flor de piel y las escopetas listas para disparar. La única cuadra que quedó sin vigilancia fue la del potentado del pueblo, el señor González, un empresario que había amasado una fortuna con negocios de dudosa legalidad y que se negó a pagar horas extras a sus trabajadores para que se quedaran a vigilar por la noche. Durante toda la semana se estuvo jactando por Castañares, en tono sarcástico, de que había construido sus establos a prueba de licántropos, por lo que no necesitaba protegerlos con hombres armados.

Precisamente en sus establos se produjo el último ataque, el más salvaje de todos. Catorce terneros fueron degollados y abandonados para que se desangraran. Aquello desconcertó a la policía. Parecía una ejecución fría y sistemática. Y no el ataque de una fiera.

Los investigadores se pusieron a trabajar con la hipótesis de que detrás de aquella escabechina hubiera un hombre, y no una bestia. Y las pruebas que reunieron durante los siguientes días parecieron confirmarlo. La puerta del establo había sido forzada con una palanca y, en la explanada que había detrás del establo, se encontraron varias huellas de unas botas de agua de la talla 44 con manchas de sangre, que se perdían en el bosque. Los análisis que se les practicaron a los terneros demostraron que todos habían sido sedados antes de que les cortaran la garganta. Seguramente se había utilizado una pistola de dardos. El objeto empleado para degollarlos era afilado y curvo, similar a la uña de una garra.

El principal sospechoso era el señor González.

Todos sabían que estaba muy descontento por la brusca caída de los precios de la carne. Aquel oportuno incidente, gracias al seguro que tenía contratado, le resultaba mucho más rentable que vender la carne a precio de mercado. Se sospechó que todos los ataques eran parte de un plan para hacer creer que un animal salvaje andaba suelto y estafar al seguro. Le interrogaron varias veces. Era muy extraño que precisamente la noche en que todo el pueblo permanecía despierto vigilando sus establos, él hubiera dejado el suyo desatendido. Pero él siempre respondía con una sonrisa irónica que su constructor le había asegurado que el edificio era sólido y a prueba de fieras. Al final, la policía no pudo demostrar que estuviera involucrado en la matanza y el seguro tuvo que pagarle.